

DOMINGO XIX – ORDINARIO (CICLO A)

1 Reyes 19,9-13.	<i>Ponte de pie en el monte ante el Señor.</i>
Salmo 84.	<i>Muéstranos, Señor tu misericordia, y danos tu salvación.</i>
Romanos 9,1-5.	<i>Quisiera ser un proscrito por el bien de mis hermanos.</i>
Mateo 14,22-33.	<i>Mándame ir hacia ti andando sobre el agua.</i>

COMENTARIO A LAS LECTURAS

Las lecturas de este domingo nos ayudan a responder una pregunta fundamental: *¿dónde podemos encontrar a Dios?* Cada uno de los protagonistas de las lecturas lo encuentra en una situación diferente lo cual nos indica que toda situación humana vital puede convertirse en un lugar de encuentro con Dios.

El Evangelio nos sitúa justo después de la multiplicación de los panes y los peces. Los discípulos han contemplado un gran milagro, pero todavía necesitan descubrir más profundamente quién es Jesús. Por eso, mientras Él se queda orando, ellos atraviesan el lago y se ven sorprendidos por una fuerte tormenta. Lo descubrirán en medio de esa tormenta.

La barca sacudida por las olas representa la Iglesia que navega en medio de la historia afrontando dificultades, persecuciones, crisis, pecados, escándalos y divisiones, pero también puede representar nuestra propia vida. Todos hemos experimentado momentos de dificultad: problemas familiares, enfermedad, incertidumbre, soledad o preocupaciones.

Y precisamente en medio de esa tempestad es donde Jesús se acerca a sus discípulos. Lo hace caminando sobre las aguas. En la Biblia, el mar simboliza las fuerzas del mal y del caos. Que Jesús camine sobre él significa que es Señor incluso de aquello que más nos asusta. Sin embargo, los discípulos no lo reconocen y creen ver un fantasma. También nosotros, cuando tenemos miedo, podemos dejar de reconocer la presencia de Dios y pensar que está ausente.

Pedro ocupa un lugar central en este relato. Mientras mantiene la mirada fija en Jesús, puede caminar sobre las aguas. Pero cuando se fija más en el viento que en el Señor, comienza a hundirse. Es una imagen muy realista de nuestra fe. Cuando confiamos en Cristo encontramos fuerza; cuando nos dejamos dominar por el miedo, aparecen la duda y el desánimo. Lo más hermoso es que, cuando Pedro grita: «*Señor, sálvame*», Jesús le tiende inmediatamente la mano. Dios no abandona a quien vacila. Su misericordia siempre es más grande que nuestras dudas.

La primera lectura nos ofrece otra clave importante. El profeta Elías busca a Dios en el huracán, el terremoto y el fuego, pero no lo encuentra allí. Finalmente lo descubre en el susurro de una brisa suave. Muchas veces buscamos a Dios en lo es-

pectacular, cuando en realidad se hace presente en el silencio de la oración, en la Eucaristía, en la Palabra de Dios y en los pequeños acontecimientos de cada día.

También san Pablo nos muestra dónde encontrar a Dios. El apóstol expresa el dolor que siente por sus hermanos que no han acogido a Cristo. Dios está presente en ese corazón que ama y sufre por los demás.

Las tres lecturas nos llevan a la misma conclusión: encontramos a Dios en la tormenta cuando nos sostiene, en la mano de Cristo que nos levanta cuando nos hundimos, en la brisa suave del silencio y en el amor que nos hace preocuparnos por nuestros hermanos. Por eso, cuando lleguen las dificultades, recordemos las palabras de Jesús: «Ánimo, soy yo, no tengáis miedo».

SUGERENCIAS PARA REFLEXIONAR Y DIALOGAR

Expón lo que te haya llamado más la atención de las lecturas, después de haberlas leído y reflexionado antes de la reunión.

¿Qué tempestades estoy viviendo hoy y cómo las afronto desde la fe?

¿En qué situaciones me parezco a Pedro, pasando de la confianza al miedo y la duda?

¿Encuentro momentos de silencio para escuchar a Dios en medio de tanto ruido?

¿Por qué personas o situaciones siento hoy la preocupación y el amor que tenía san Pablo por sus hermanos?

PIENSO, REZO Y ESCRIBO MI COMPROMISO PERSONAL
